

## LA CIUDAD COMO CONCIENCIA

Elvira Hernández. *Santiago Waria*, Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 1992, 49 páginas.

**S***antiago Waria* es el último libro de Elvira Hernández, seudónimo de María Teresa Adria-sola, que nació en Lebu (Pcia. de Arauco, Chile) en 1949. Bajo su nombre de fantasía, la autora publicó *¡Arre! Halley ¡Arre!* (Santiago, 1986), *Carta de Viaje* (Bs. As., 1989), *La Bandera de Chile* (Bs. As., 1991) y *El Orden de los Días* (Colombia, 1991).

Debajo del título de su último libro se leen dos fechas (1541/1991) y una aclaración: "así como Atenas fue astu para los griegos y Roma urbs para los romanos, Santiago fue waria para los mapuches como cualquier otro poblado". Dos páginas después, un epígrafe de Pessoa abre el libro: "Mi conciencia de la ciudad es, por dentro, mi conciencia de mí". Las palabras de Pessoa sirven como guía de lectura. La mirada de Elvira Hernández reconstruye Santiago de Chile a partir de diferentes planos: están las calles, los edificios, los lugares, la gente ("archipiélagos de ropa usada a la deriva"), los transportes y las trayectorias; está la historia de todo eso; por último, la conciencia de quien narra y también la historia personal de esa conciencia.

Los poemas fueron escritos en versos libres y pueden ser leídos de manera autónoma o como una sucesión. La lectura parcial remite a la lírica. La lectura sucesiva nos permite entrever cierta epicidad, que ya es recurrente en la poesía de Elvira Hernández. No debe extrañar a nadie: mucha de la mejor poesía chilena es fundamentalmente épica. Los textos están poblados de referencias locales, a veces oscuras para cualquiera que no sea santiaguino. No obstante, al lector se le permite recomponer un tejido complejo que, en última instancia, remite a lo que podría ser cualquier ciudad contemporánea del Tercer Mundo, arrasada por el liberalismo triunfante. Se llega entonces a otro nivel: esto que se dice, se dice de este tiempo en particular.

La Santiago de Elvira Hernández se parece a la versión de Los Angeles de Ridley Scott: está llena de humo tóxico y de gases, la gente habla mezclando diversos niveles de lengua —castellano, chilenismos, inglés, mapuche—, los mensajes se cruzan permanentemente y se confunden, todo está amontonado, derruido, pintarrajeado. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en la película de Ridley Scott, el punto de vista nunca se ubica por encima de la multitud. Sólo la conciencia, como si fuera el brazo de alguien que se ahoga, se eleva por momentos al desorden horizontal. Muchas de las frases que se dicen mientras la multitud empuja y avanza son de una nitidez aterradoras: "el Tiempo devora a sus hijos / o los descompone en vida", "Nunca tuve proposiciones que hacerle a la vida", "Recalco / se perdieron veinte años de nuestras vidas", "La ciudad ha caído / No preguntemos quién se rinde. / Hay hombres y mujeres asediados", "¿Puede usted decir cuánto es lo que se muere?". La conciencia apenas alcanza para continuar la marcha, para tratar de diferenciar

(continúa en pág. 32)

